119

RICARDO MONASTERIO

EL CENSO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa original

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

EL CENSO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[5]

EL CENSO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

RICARDO

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 19 de Enero de 1888

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.°

Teléfono número 551

1911

AL EMINENTE AUTOR DE **LA BRUJA**

Miguel Ramos Carrión

Cariñoso recuerdo de gratitud y testimonio de entusiasta admiración de su afectísimo amigo y paisano

Ricardo Monasterio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VENTURA.....	Matilde Rodríguez.
DON TORIBIO.....	Antonio Riquelme.
DON PEDRO.....	José Rubio.
DON MAURICIO.....	Manuel Díaz.

ACTO UNICO

El teatro representa el comedor de una casa bien puesta; en el centro mesa con un servicio para dos cubiertos; sobre ella varios platos con entremeses y uno con langostinos; á la izquierda, primer término, una butaca; segundo, una chimenea; derecha, primer término, butaca; de frente y á la derecha de la puerta del foro, un aparato telefónico, y sobre él un tarjetón con el número 320. A la izquierda aparador, y sobre el mismo una caja con un etetóscopo (1). Puertas al foro y laterales. Es de noche. En el centro de la escena una lámpara encendida. Las butacas con funda. Sobre la chimenea chismes de costura. Las indicaciones del lado del actor.

ESCENA PRIMERA

VENTURA, DON MAURICIO. Aquella acabando de poner la mesa

VENT. Cuando quieras, podemos cenar.

MAUR. Aun es demasiado temprano. Las ocho y tres cuartos. Esperemos un rato, si no tienes prisa.

VENT. No, yo no. Lo digo porque ya está todo.

MAUR. Eres una perla. De seguro que la chica no lo hubiera hecho tan pronto, ni tan bien, por supuesto, porque el olorcillo de la cena, hace abrir las ganas á un muerto.

VENT No seas adulador.

MAUR. Toma un obsequio. (Dándole una aceituna.)

---

(1) Aparato para auscultar.

Mira qué langostinos tan ricos. Deja que los pruebe. (Come uno.) ¡Ah! ¡Qué ricos! ¡Ay, hija, qué manos tienes!

VENT. ¡Qué langostinos querrás decir!

MAUR. Lo que siento es que trabajas demasiado y no puedes seguir así. Con la enfermedad de Pascual y con haber echado tú á la chica, estamos frescos.

VENT. Pues, mira, yo no lo extraño, y mientras no encuentre una muchacha á mi gusto, haré las cosas de la casa, y puesto que la portera sube á asistirnos...

MAUR. Procura de todos modos hallarla pronto, porque así estamos mal.

VENT. Bueno, pues déjame, que eso corre de mi cuenta.

MAUR. Mira, en cuento den las nueve y media, si no ha venido algún aviso, cenamos solitos, como dos enamorados.

VENT. Quiera Dios que no te avisen.

MAUR. Lo que es como no lo hagan hasta las diez, en cuanto concluyamos de cenar descuelgo la auricular del aparato y no salgo de casa para nada. (Se oye el timbre del teléfono.)

VENT. Sí, mira qué manera de dejarte en paz.

MAUR. Será para el enfermo de ahí enfrente, como si lo viera. Está si se las lía ó no. (Va al teléfono y habla después de aplicarse la auricular derecha.) Sí. ¿Cuándo?... ¿Corre tanta prisa?... ¿Desde cuándo está su señora así? ¡Demonio! ¿Qué calle? ¿Número? Bueno... Sí, ahora mismo. (Deja el teléfono.) Está de Dios que no he de poder vivir en paz.

VENT. ¿Quién es?

MAUR. Un parto.

VENT. ¿Dónde?

MAUR. En el barrio de Pozas.

VENT. ¡Y vas á ir!

MAUR. No tengo otro remedio. Dicen que la señora está así desde esta mañana; pero no te apures; en cuanto la vea, si la cosa viene despacio me vuelvo. (Se quita la bata, que pondrá sobre la butaca de la izquierda y se pondrá un gabán que tomará de la segunda izquierda.)

VENT. ¡Pero, no cenas antes!

MAUR. No, con eso cenaré luego con más apetito.

Si tú lo tienes y tardo, cena y me la guardas. Sobre todo unos langostinos. Conque, hasta luego, Ventura mía.

VENT. Anda con Dios.

MAUR. Me llevo el llavín. Si viene algún aviso recíbelo y di que iré mañana.

VENT. Si vienes tarde no vayas á dejar puesto el llavín, como acostumbras.

MAUR Procuraré acordarme: conque, hasta luego.

VENT. Vete con Dios.

ESCENA II

DICHA

VENT. Es una ganga ser mujer de un médico. A lo mejor se queda una sin marido. La verdad es que el matrimonio así es una cosa muy aburrida. Decididamente va á ser para mí muy divertida la salida del año. (Campanilla.) ¿Quién será? Algún nuevo aviso. Vamos á ver. (Va á abrir)

ESCENA III

DICHA, PEDRO, que entra con chistera y una levita de abrigo

VENT. Pero, cómo, ¿usted aquí?

PED. Yo, sí, señora; con todo mi cuerpo y con toda mi alma.

VENT. ¿Y qué quiere usted? (Saliendo.)

PED. ¿Y usted me lo pregunta? (Idem.)

VENT. Haga usted el favor de marcharse.

PED. Ventura, óigame usted.

VENT. Salga usted.

PED. ¡Oigame usted, por Dios!

VENT. No quiero. ¡Váyase usted!

PED. Bien, señora, me voy. (Se sienta en la butaca de la izquierda.)

VENT. Pero, ¿qué hace usted?

PED. Ya lo ve usted; prepararme para marchar.

VENT. ¡Sentándose!

PED Para descansar un poquito, y en seguida...

VENT. ¡Ay, qué pesado es usted!

PED No me decía usted eso hace dos años en San Sebastián.

VENT. Entonces no estaba casada.

PED. ¿Por qué se ha casado usted?

VENT. Porque me dió la gana.

PED Parece mentira que sea usted la misma de la Concha.

VENT. La misma soy.

PED. ¡Ay, no, señora! Entonces nos bañábamos juntos, y un día que se mareó usted la sujeté entre mis brazos.

VENT. Ya le di á usted las gracias.

PED. ¡Ande usted! Maréese usted otra vez, Venturita.

VENT. Usted sí que me está mareando.

PED. Otro día, ya éramos amigos; quiso usted aprender á nadar, y yo le enseñé á hacer una plancha. ¿Por qué me dijo usted que me quería?

VENT. Porque estaba loca.

PED. Muchas gracias. Yo desde entonces no he podido olvidar á usted.

VENT. Pero usted, sin embargo, se casó.

PED. Cuando supe que usted ya lo había hecho. Siguiéndola me vine á Madrid, y una vez aquí no paré hasta averiguar su domicilio; lo averigué al fin. Vine á la calle, la vi á usted en el balcón, y en aquel instante me acordé de la plancha.

VENT. ¿Y ha concluído usted ya?

PED. ¡Ca, no, señora! Usted vivía aquí en el segundo. El principal tenía papeles y me dió un vuelco el corazón; me dije: lo tomaré. ¡Qué gusto, vivir debajo de ella, sentir todo el día sobre mi cabeza su menudito taconeo! Pensando en estas cosas me fuí á ver al casero y me dijo que no podía alquilarme el cuarto porque le acababan de dar la señal; pero que el tercero se quedaba desalquilado, y como el que se agarra á un clavo ardiendo lo tomé. Ya que no podía vivir debajo, viviría encima, y arriba me tiene usted todo el día pisando fuerte y desgastando el piso á patadas, para que usted me sienta.

VRNT. Bueno, pues todo eso ya lo sabía; conque si ha descansado usted ya...

PED. Sí, señora, ya me voy, pero...
VENT. No hay pero que valga.
PED. Sí, señora, sí lo hay; tiene usted que escucharme hasta el fin.
VENT. ¡Pero tiene usted algo nuevo que decirme!
PED. Sí, señora. Que estoy loco.
VENT. Vaya una novedad. Eso hace tiempo que lo sabía.
PED. Que por usted estoy dispuesto á todo.
VENT. Muchas gracias.
PED Hasta dar la sangre de mis venas.
VENT. Si no me hace falta su sangre de usted.
PED. Lo digo por si acaso.
VENT. Bueno; pues hágame usted el favor de marcharse.
PED. ¡Ay, Ventura!... Mire usted.
VENT. Pero, hombre de Dios, que puede venir mi marido.
PED. No, señora; no viene.
VENT. ¿Y usted qué sabe?
PED. Vaya si lo sé.
VENT. Le han llamado para un parto.
PED. Sí, señora; le han llamado por mí.
VENT. ¡Por usted!
PED. Sí, señora, verá usted. (Va al teléfono y llama.)
VENT. ¿Pero qué va usted á hacer?
PED. Tome usted esa auricular.
VENT. Pero... (Se oye el timbre.)
PED. Oiga usted. (Toma cada uno una auricular.) (Alto.) ¡Central!... Comunicación con el número 100.
VENT. Pero, hombre de Dios, que me va usted á comprometer.
PED. No, señora. Que no la comprometo. (Timbre.) Escuche usted... (Escuchan los dos y habla éste al teléfono.) Hola, Luis. «Eres tú...» ve usted, es Luis. «¿Cómo está tu mujer?... ¿Está ahí ya el médico?» ¿Ve usted? todavía lo están esperando. «Bueno, pues cuando salga de ahí avísame... (Mirando al tarjetón.) Al 320... Bueno. Hasta luego... y que tengais una hora cortita.» (Cuelga la auricular.) Ya ve usted.
VENT. Bueno, pues de todas maneras se va usted.
PED. De todas maneras.
VENT. De todas maneras. Mire usted, su mujer también pisa fuerte. (Indicando el techo.)

PED. Se va á acostar ahora.
VENT. Pues si no se va usted la llamo.
PED. ¡Ay, no señora, por Dios, que tiene muy mal genio!
VENT. Pues largo. Vamos, tome usted el sombrero...
PED. Adiós, señora. Que usted descanse.
VENT. Muchas gracias.
PED. Que tenga usted una feliz salida y... entrada de año.
VENT. Igualmente.
PED. Y á ver si en el que viene soy más afortunado.
VENT. Amén.
PED. Que se le ablande á usted el corazón.
VENT. ¡Dale! Váyase usted, hombre.
PED. Ya me voy. Ya me voy. (Se va á abrochar la levita y se le desprende un botón.) ¡Ay!
VENT. ¿Qué?
PED. Que se me ha desprendido un botón y no puedo abrocharme.
VENT. Pues buen provecho.
PED. No, señora; si esto, con el tiempo que hace, no puede hacer buen provecho á nadie.
VENT. Pues que se lo haga á usted malo.
PED. Ande usted. Hágame usted el favor de pegármelo.
VENT. ¿Yo?
PED. Usted, sí, señora.
VENT. De ninguna manera. Suba usted á que se lo cosa su mujer.
PED. Pero si ya está acostada.
VENT. Pues vaya usted así á la calle.
PED. ¿Pero no ve usted que me voy á constipar?
VENT. ¿Y á mí qué me importa?
PED. Por Dios, Ventura. Sea usted caritativa, cósamelo usted, y en seguida me voy.
VENT. ¿Me da usted su palabra de marcharse corriendo?
PED. Volando.
VENT. Bueno, pues traiga usted. (Toma de un acerico que estará sobre la chimenea una aguja. Pedro coloca su sombrero sobre la chimenea.)
PED. Este. El de arriba.
VENT. No, así no. Quítese usted la levita.

PED. Como usted quiera. (Se quita la levita.)
VENT. ¿Pero quedamos en que se va usted al momento?
PED. Con la última puntada doy el primer paso. Me pondré la levita por las escaleras. (Campanilla.)
VENT. (Levantándose asustada.) ¡Eh!
PED. ¡Que llaman! Pero no hay que asustarse. Ya ha visto usted que no puede ser su marido.
VENT. Bueno, pues hágame usted el favor...
PED. Pero si será alguno que le venga á llamar. Algún enfermo.
VENT. Puede ser. (Campanilla.)
PED. ¿Ve usted? El enfermo se ha puesto peor.
VENT. Usted me va á comprometer. (Sale á abrir.)

ESCENA IV

DICHOS, DON TORIBIO, con varios padrones y cédulas del censo debajo del brazo. Este tipo es muy cómico, minucioso, hablador, y lo hace todo con detalles oficinescos, subrayando mucho las palabras

TOR. (Dentro.) ¿Da usted su permiso?
VENT. Pase usted.
TOR. (Aparece en la puerta.) Servidor de ustedes.
VENT. ¿Qué deseaba usted?
TOR. Yo soy del Censo.
PED. ¿De qué Censo?
TOR. El del Censo de la población. Comisionado por la alcaldía para hacerlo aquí.
PED. Muy señor nuestro.
TOR. Y vengo aquí á hacerlo, con permiso de ustedes.
VENT. ¡Pero, á estas horas!
TOR. Señora, el reglamento dice que debe hacerse de toda la familia y personas que pernocten ó duerman en la casa la noche del 31 de Diciembre. Y como hoy es ese día...
VENT. Podía usted haber venido antes.
PED. O después.
TOR. Sí, ya sé que la hora es algo intempestiva; pero cumpliendo exactamente con mi deber vengo á la precisa en que las personas se preparan á dormir, y vea usted, si vengo

un momento después me astidio, porque por lo visto este caballero ya se preparaba á pernoctar.

VENT. Pues, no señor; es que le iba á pegar un botón.

PED. Sí, señor; un botón en la levita.

TOR. Pues péguelo usted. Mientras tanto, yo puedo hacer el censo.

VENT. Bueno, pues hágalo usted pronto.

PED. Sí. Dese usted prisa.

TOR. Al momento.

VENT. Y usted, márchese.

PED. Señora, el botón. Cuando esté el botón.

VENT. (Sentándose en la butaca de la izquierda se prepara á pegar el botón.) ¡Qué pesadez!

PED. (Sentándose en una silla á su lado y dándole la espalda á Toribio.) Lo prometido es deuda.

TOR. (Mirando los platos de la mesa.) Qué bien se come aquí. (Coge una aceituna.) No hagan ustedes caso de mí; pueden hacer lo que gusten, con contestar á las preguntas de las casillas, basta.

VENT. Bueno, despáchese usted.

TOR. ¿Y dónde?

VENT. Ahí, en esa mesa. (Hace ademán de levantarse.)

TOR. Bien: no se incomode usted, separaré un poco los platos y al pelo. (Coge una raja de salchichón.)

VENT. ¿Quiere usted tintero?

TOR. No, señora; muchísimas gracias. Traigo plumas y un cuernecito. Para hacer estas cosas, lo saco todo de casa... ¡Ajajá! (Saca un tintero de cuerno y pone los papeles sobre la mesa.)

PED. (A Ventura.) ¡Ay, qué mano!

VENT. O se va usted a estar quieto ó dejo el botón.

TOR. Con permiso de ustedes me pondré las gafas.

PED. Es usted muy dueño.

TOR. ¡Ah, señores! ¡Qué chisme!... Las gafas. Sin ellas yo soy hombre perdido, completamente perdido, y escribiendo sobre todo. Llegó el extremo de no poder dar una plumada; pero en cuanto me las pongo, ¡ah!, no se me va una falta de ortografía. (Mirando los platos por encima de las gafas.) ¡Uy! ¡Langostinos! (Come uno.) ¡Bueno!

PED. ¿Qué?

TOR. Que... nada, que ya estoy dispuesto á empezar.

VENT. Pues procure usted concluir lo más pronto posible.

TOR. Si yo ya sé perfectamente que les molestaré á ustedes, pero no hay otro remedio. Soy empleado en Penales y me coge la ley de medio á medio. Trabajo en la oficina todo el año, y para fin de fiesta, ya ven ustedes si me ha caído mal censo; pero no hay otro remedio. (Coge otro langostino.) Hay que comer, y aunque poco, se va viviendo, y luego, que como soy de plantilla desde antes de 1847, porque á mí me empleó Narváez después de lo de Torrejón de Ardoz, con motivo de que cuando yo nací...

VENT. (Interrumpiéndole con rapidez.) ¿Pero, hombre, va usted á hacer el censo ó no?

TOR. Sí, señora; ya empiezo; número 8, 2.º No crean ustedes, tengo cinco casas y cuarenta y nueve cuartos.

PED. Pues entonces maldita la falta que le hace á usted el destino.

TOR. No, si son para hacer en ellos el censo. Yo al principio pensé hacerlo poco á poco: ahora uno, (Coge un langostino.) luego otro, (Idem.) etc.; pero luego me dije, no, lo mejor es todos de una vez, (Se guarda todos los langostinos en el bolsillo.) y se acabaron, es decir, se acabó.

VENT. Bueno, pues acabe usted de hablar y empiece á hacer el censo.

TOR. Sí, sí, señora. ¿Su gracia de usted, caballero?

PED. Mi gracia...

VENT. No, no, señor.

TOR. (Con energía.) Ah, señora, permítame usted. Los cabezas de familia primero. Es de reglamento.

PED. Tiene razón.

VENT. Pero...

TOR. Nada, señora. Perdóneme usted esa falta de galantería que me impone la ley. Conque, ¿cómo se llama usted?

PED. Pedro Sánchez Cuello.

VENT. Pero, ¿da usted su nombre?

PED. ¡Ah! Es verdad, se me escapó.

VENT. (Aparte á Pedro.) Pero hombre de Dios, si sube ahora á su casa de usted y su mujer le da el mismo nombre...

PED. (Idem á Ventura.) No hay miedo. Está ya acostada y tendrá que dejar las hojas, y mañana temprano la hago yo, poniendo otro nombre.

VENT. Bueno; pues ya está el botón.

PED. Ya que tiene usted la aguja, sujete usted éste, que está flojo.

VENT. Me prometió usted marcharse...

PED. Pero no contaba con el censo, y hay que darle todos los informes.

TOR. Cuello... Cabeza, ¿eh?

PED. No, señor; Cuello.

TOR. Digo que si es usted cabeza de familia.

PED. Sí, señor.

VENT. (Aparte.) ¡Válgame Dios, qué compromiso!

PED. No hay otro remedio; tenemos que ir juntos en el censo. ¡Ay, qué mano!

VENT. ¡Imprudente!

TOR. Var...

PED. ¿Eh? ¿Qué es eso de var?

TOR. Nada, que es usted varón.

PED. Ah, sí, señor.

TOR. (Se conoce que están recién casados.) Casado, ¿eh?

PED. Sí, señor. Al fin me caso con usted en el Censo.

TOR. ¿Edad?...

PED. Treinta y cuatro años.

TOR. ¿Naturaleza?

PED. Robusta.

TOR. No, ya se le conoce á usted.

PED. ¿Por qué?

TOR. Porque con el tiempo que hace está usted en mangas de camisa.

PED. Ah, es verdad. Me pondré la bata.

VENT. Pero...

PED. (Se la pone.) Sí, no hay más remedio. Hasta que acabe el Censo. Puede usted sujetármelos todos.

TOR. Pero yo no hablaba de esa naturaleza, sino del lugar de su nacimiento. ¿Qué pueblo?

PED. San Martín de Valdeiglesias.

TOR. ¡Demonio!

PED. ¿Qué le pasa á usted?

TOR. ¡Que no me cabe el pueblo en la casilla!
PED. Como que es muy grande.
TOR. Nada, que no cabe, por más que me achico.
PED. Lo que tiene usted que achicar es el pueblo.
TOR. San Martín de Valdeiglesias. Nada, que no cabe. ¿Qué haré?
PED. Usted verá.
TOR. ¿Le parece á usted bien que le quite las iglesias?
PED. Por mí, puede usted quitarle aunque sea el cementerio.
TOR. Pues nada, se las quito.
PED. Buenos se van á poner los curas cuando lo sepan.
TOR. San Martín de Valde. ¿Ve usted? Así está bien: San Martín de Valde. Queda un pueblo más bonito.
PED. Y más barato.
TOR. ¿Provincia?
PED. Madrid. (¡Ay, permítame usted que le estampe un ósculo en esa mano!)
VENT. ¡Vamos!
PED. Si es en la mano. ¿Lo estampo?
VENT. Yo sí que le voy á estampar á usted la mano en la cara.
TOR. ¿Profesión?
PED. (Lo estampo.)
TOR. Estampador; pero yo había oído decir que era usted médico.
PED. Médico estampador; pero ponga usted médico.
TOR. Médico.
PED. ¿Me permite usted? (Por el beso. El diálogo ya indica las frases que deben decirse aparte Ventura y Pedro, y las que cambian con don Toribio.)
TOR. ¿Sabe leer?
PED. (A Ventura.) Sí.
VENT. Que no.
TOR. ¿En qué quedamos, señores, sí ó no?
PED. Pero, ¿qué dice usted?
TOR. Yo, no. La casilla.
PED. ¡Cuánta casilla!
TOR. ¿Sabe leer? ¿Sabe escribir?
PED. Sí y sí.
VENT. ¡Ay, qué rato me está usted haciendo pasar!

PED. ¡Sí, que usted á mí!
TOR. ¿Es usted residente?...
PED. Le he dicho á usted que soy médico estampador.
TOR. Pregunto cuánto tiempo hace que está usted aquí.
PED. ¿Y á usted qué le importa?
TOR. A mí no, á la casilla.
VENT. Pero, válgame Dios, cuánta casilla.
TOR. Veintiséis, señora.
PED. Ahí hay casillas para todo.
VENT. ¡Veintiséis casillas! Eso más que un Censo parece el resguardo de consumos.
TOR. Señora, juro á usted que yo no tengo la culpa. ¿Cuánto tiempo hace que vive usted aquí?
PED. No me acuerdo.
TOR. Entonces, si usted me lo permite, pondré el que me parezca.
PED. Es lo mejor.
VENT. Estoy temiendo que venga mi marido, les vea á ustedes aquí, y se entere del Censo.
PED. No tema usted. Si avisarán con anticipación... ¡Riquísima!
TOR. Observaciones.
VENT. ¿Qué?
TOR. La casilla de observaciones.
PED. ¿Y ahí qué se pone?
TOR. Todo lo que se observa. Si se observa buena conducta. Si se observan goteras en la casa, etcétera. Según la ley, aquí debe ponerse todo; pero según la costumbre, no se pone nada.
PED. Pues siga usted la costumbre. (Le da un beso á Ventura en la mano y ésta le da una bofetada.)
VENT. Tome usted.
TOR. Pues ya está usted aviado. Ahora la señora. ¿Su nombre?
PED. (Pues no escarmiento.)
TOR. ¿Doña?...
VENT. Ventura Cordero Rico.
TOR. (Escribiendo como las frases que anteriormente indica el diálogo.) Ventura Cordera Rica.
VENT. Cordero Rico.
TOR. Sí, señora; pero si pongo Ventura Cordero Rico, van á creer que es usted un hombre,

y si hace falta el día de mañana, la llaman á usted á la reserva. Cordera Rica.

PED. ¡Y muy Rica!

TOR. Hem ..

PED. ¿Eh?

TOR. Hembra. Pongo que es hembra.

PED. (Dándole otro beso viéndolo Toribio.) Me vengué.

VENT. Pero, hombre de Dios, repare usted siquiera que hay gente delante.

TOR. (Si fuera uno á poner en la casilla de observaciones todo lo que observa...)

PED. Pero no ve usted que nos cree marido y mujer.

TOR. Naturaleza. ¿Dónde ha nacido usted?

VENT. En Irigurrigorrigolozabeitia.

TOR. ¿Eh?

VENT. Irigurrigorrigolozabeitia.

TOR. (Dejando la pluma y dando un puñetazo en la mesa.) Pues tampoco me cabe en la casilla.

VENT. Pero si es un pueblo muy pequeño.

PED. Por muy pequeño que sea, ¿cómo quiere usted que un pueblo quepa en una casilla?

TOR. Conque á ver, á ver cómo ha dicho usted.

VENT. Iri...

TOR. Iri...

VENT. Gurri...

TOR. Gurri...

VENT. Gorri...

TOR. Gorri... no... no.

VENT. Golozabeitia.

TOR. No. Nada. Imposible. Y que á este no le podemos quitar nada.

VENT. Quítele usted el rabo.

TOR. ¿No hay por allí cerca un pueblo más pequeño?

VENT. Sí, señor, Oria.

TOR. Pues eso. Natural de Oria.

VENT. Pero si no es verdad.

TOR. Señora, para la única inexactitud que contiene el censo, ¿no me la va usted á permitir?

VENT. Haga usted lo que quiera, pero dese usted prisa.

TOR. Provincia.

VENT. Guipúzcoa.

TOR. ¿Casada? Sí, sí. Labores del sexo... (Escribiendo sin preguntar.)

PED. Vaya el último. (Da un beso fuerte.)

VENT. ¡Caballero!

TOR. No tengan ustedes cuidado. Si no lo he de poner en la casilla de observaciones. Observaciones—«comas».—Ya están ustedes.

VENT. ¡Gracias á Dios. (Levantándose.)

TOR. ¿No tienen ustedes hijos?

PED. No, señor; todavía no.

TOR. ¿Criados?

PED. Ni sin criar.

VENT. No, señor; nadie más.

TOR. Pues ya está.

VENT. Entonces, hágame usted el favor de recoger y marcharse.

TOR. (Recogiendo los chismes.) Al momento. Qué mal genio tiene esta señora Cordera. Nuevamente les suplico que me dispensen. Reconózcanme ustedes por un servidor. En la Dirección de Penales...

VENT. Bien, sí, señor. Muy señor nuestro. Dese usted prisa. (Se va aquél hacia la puerta y de repente se vuelve destapando nuevamente el tintero.)

TOR. ¡Ah!

PED. ¡Qué! (Asustados.)

VENT. ¡Qué! (Asustados.)

TOR. Se me olvidaba...

VENT. ¿Más casillas todavía?

TOR. No; para llenar las del padrón municipal me hacen falta unas notas.

VENT. ¡Válgame Dios!

PED. ¡Todo sea por Dios!

TOR. Esta hoja debía llenarla aquí.

VENT. ¡No!

PED. ¡No!

TOR. No, si no la lleno. Tomo unas notas, y con ellas y esta hoja lleno la otra en casa. Mi mujer coge ésta; yo la otra. Ella me dicta y yo la lleno.

VENT. ¿Y qué notas son esas?

TOR. Nada; casi nada. ¿Qué paga usted por este cuarto?

PED. Yo, nada...

TOR. ¡Cómo!

PED. Soy propietario.

TOR. ¿Y por qué no lo ha puesto usted en la casilla?

PED. Ve ahí; por... modestia.

TOR. Bien, «propietario modesto». ¿Cuánto paga usted de contribución? Pesetas...

PED. Cinco...

TOR. ¿Por esta casa cinco pesetas?

PED. Cinco... cinco mil.

TOR. Bueno, pues ya está.

VENT. Pues tome usted el sombrero.

PED. Sí, váyase usted.

TOR. Qué ganas tienen de que me vaya estos señores. Si ya me voy. Conque, repito...

LOS DOS (Con mucha energía.) ¡No! No repita usted.

TOR. En la Dirección de Penales, Toribio Ramos Certero, servidor de usted.

VENT. Bueno, sí, señor.

TOR. Felipe IV, cuatro, cuarto cuarto, tienen ustedes su casa...

VENT. Bueno, muchas gracias.

TOR. (Ya dentro) ¡Pero qué ganas tienen de que me vaya estos señores! (Vuelve á salir.) Que no se olviden ustedes, Felipe IV, cuatro, cuarto cuarto.

LOS DOS ¡Sí, señor!

ESCENA V

VENTURA, PEDRO

VENT. ¡Ay, gracias á Dios!

PED. Ya estamos solos.

VENT. Pues ahora que estamos solos, hágame usted el favor de ponerse la levita y echar á correr.

PED. ¡Señora, por Dios!

VENT. Por Dios y por todos los santos. Váyase usted donde no vuelva á verle.

PED. ¿Tan mal me quiere usted?

VENT. Sí, señor, muy mal. Y mañana me mudo á cien leguas de esta calle. Conque, vamos.

PED. Bien, señora. La dejaré á usted. No la volveré á ver.

VENT. Eso es lo que yo quiero.

PED. Lloraré á solas lágrimas de sangre.
VENT. Bien. Llore usted todo lo que quiera, pero póngase usted la levita.
PED. ¿Está usted segura de que están bien seguros todos los botones?
VENT. Segurísima. Quítese usted la bata.
PED. (Desabrochándosela.) Me la quitaré, sí, señora. (Hace ademán de quitársela y se oye en la puerta el ruido del llavín.)
VENT. ¡Mi marido!
PED. ¡Eh!
VENT. Abróchese usted. (Mete la levita debajo de la butaca de la izquierda.) ¡Ay, en qué compromiso me ha puesto usted!

ESCENA VI

DICHOS y DON MAURICIO; éste va hacia la butaca de la izquierda y coloca sobre ella el sombrero; después, sorprendido al ver á Pedro, pasa por detrás de la mesa mirándole fijamente hasta ponerse á la derecha é interrogando con la vista á su mujer

MAUR. ¿Eh? Buenas noches. (Pone el sombrero sobre la butaca.)
PED. Muy buenas las tenga usted.
VENT. ¿Hiciste la visita?
MAUR. No, me encontré á Manzano en el café, me dijo que iba á allí y le encargué...
VENT El señor... es... un caballero que vive arriba.
PED. Servidor de usted.
MAUR. Muy señor mío.
VENT. Acaba de bajar, porque, según dice, se ha puesto malo de repente.
PED. (Con miedo y algo de turbación.) De repente, muy malo.
VENT. Y como no estabas...
PED. Me iba á marchar, cuando...
MAUR. Y, ¿ha venido usted así?
PED. Sí, señor; me puse tan malo y sentí una angustia tan grande, que...
MAUR ¿Sin nada á la cabeza?
PED. Sin nada. (Ventura ve el sombrero de Pedro sobre la chimenea, el de su marido en la butaca que tiene detrás, y se sienta en la butaca.) (Gracias, señora.)

VENT. ¿Por qué?

PED. Porque se ha sentado usted sobre el de su marido.

MAUR. ¡Caramba! (Mirando atentamente la bata)

PED. Qué, ¿le gusta á usted la clase?

MAUR. No, señor; sino que tengo yo una bata igual.

PED. Sí; se llevan ahora mucho estas telas.

VENT. (Aparte á Pedro.) ¡Que no vea el forro, por Dios!

PED. (Apretándose la bata.) Sí, señor; es la moda.

MAUR ¿Conque dice usted que se ha puesto muy malo?...

PED. A morir, sí, señor.

MAUR. Vamos á ver, vamos á ver; póngame usted en antecedentes. Tome usted asiento.

PED. (Se sienta á la derecha.) Muchas gracias. Pues, mire usted; yo unas veces estoy bien y otras mal, otras me pongo mejor y otras peor, y así sucesivamente.

MAUR. ¿Y qué más?

PED. Pues, ya, nada más, y con el permiso de usted...

MAUR. (Obligándole á sentarse nuevamente.) Pero... ¿nada más que eso?

PED. Nada más, así, en general; pero, ahora, en particular, tan pronto me duele aquí, (En el pecho.) como aquí, (En una pierna.) y así sucesivamente. Algunas veces me pongo muy excitado, y ahora, cuando usted entró, me dió una vuelta el corazón.

MAUR. ¡Una vuelta!

PED. Completa. Sentí que se me ponía con la base hacia arriba.

MAUR. El corazón siempre tiene la base hacia arriba.

PED. Bueno, pues hacia abajo.

MAUR. Vamos á ver. (Tomándole el pulso.) ¿Come usted bien?

PED. Cuando me convidan, sí, señor.

MAUR. ¡Cómo es eso!

PED Porque mi mujer es muy económica, y economiza los platos de una manera atroz.

MAUR. Quiero decir que si come usted con apetito. Saque usted la lengua. (Lo hace.) ¿Qué dice usted?

PED. (Con la lengua fuera procura lo más claramente posi-

ble decir.) Unos días sí, otros días no y así sucesivamente.

MAUR. Bueno. ¿Le duele á usted aquí? (En el estómago.)

PED. ¡Ay!

MAUR. ¿Y aquí? (En el vientre, oprimiéndole.)

PED ¡Ay!

MAUR. ¿Y aquí? (En el occipucio.)

PED. Ahí no.

MAUR. ¿Nunca, nunca le ha dolido á usted?

PED. ¡Ah, sí, señor!

MAUR. ¿Cuándo?

PED. Una vez que me dieron un bastonazo.

MAUR. Bueno.

PED. Bueno, sí, señor. Me abrieron la cabeza.

MAUR. (Levantándose.) Desabróchese usted.

PED. ¡Eh! (Asustado.)

MAUR. Que se desabroche usted. A ver esa caja... (Toma el etetóscopo (1). Al ver que Pedro hace ademán de desabrocharse los pantalones.) No, la bata.

PED. ¡Ah, sí! (Se desabrocha la bata arrollándola por ambos lados hacia adentro para que no se vea el forro.)

MAUR. Echese usted hacia atrás. (Con el etetóscopo largo en la mano, tratando de aplicárselo al lado lateral del cuello y poniendo aquél las manos con miedo.) No tenga usted miedo.

PED. ¿Qué escuchará?

MAUR. A ver aquí. (Aplicando al pecho el aparato.)

PED. (Arriba no le han dicho nada.)

MAUR. Respire usted fuerte... Más... Más...

PED. No puedo.

MAUR. ¿Por qué?

PED. Porque yo no doy más de *sí*.

MAUR. (Deja el aparato y da en el lado izquierdo del pecho, escuchando tres golpes á compás y luego varios rápidamente consecutivos, pero de modo que le vea bien el público.)

PED. ¡Ay!

MAUR. ¿Qué ha sentido usted?

PED. Pues, tres golpes y repique.

MAUR. (Repitiendo la misma operación en el lado derecho.) A ver aquí.

---

(1) Para estos detalles, si hay necesidad, debe el actor asesorarse de un médico.

PED A la otra puerta. (No hay nadie. Están de visita.)

MAUR. Bueno; ya está visto.

PED. ¿Y qué tengo?

MAUR Pues, tiene usted una hepatitis parenquimatosa granular aguda, derivada de una hiperdiacrisis gástrica y ocasional de una epilepsia incipiente.

PED. (Asustado.) ¡Qué me cuenta usted! ¡Y yo que no había notado nada!

MAUR. Está más claro que la luz.

PED. Pues, ni cosas que tengo dentro. ¿Y qué hay que hacer?

MAUR. Lo primero, lo más inmediato para que la enfermedad no tome caracteres gravísimos, es sangrarle á usted.

PED. (Dando un salto.) ¡Eh!

MAUR. Lo que le cuento á usted; un cuarteroncito de sangre.

PED. ¡Un cuarterón! ¡Pero, así tan de repente, un cuarterón!

MAUR. No hay otro remedio; podrían sobrevenir complicaciones muy peligrosas. Tiene usted mucha sangre mala y hay que sacarla sin dilación. Hágame usted el favor de sentarse, es cosa de un momento. (Se va por la primera derecha)

ESCENA VII

DICHOS. Ventura mete la chistera debajo de la butaca

PED. ¿Dónde va? (Muy asustado.)

VENT. Por los instrumentos, vendas, etc.

PED. Señora, yo no puedo permitir de ninguna manera.

VENT. No tiene usted otro remedio; usted que me ha comprometido, tiene que salvarme; lo exige mi honor, que me parece es una cosa grave, importante.

PED. ¿Pero, y mi sangre, no es importante, señora?

VENT. Pero, es sangre mala, ya ha oído usted á mi marido.

PED. ¿Sangre mala? El sí que tiene mala sangre, cuando sin más ni más me va á sacar la mía.

VENT. ¿No dijo usted hace un momento que por mí era usted capaz de dar toda la sangre de sus venas?

PED. Sí, señora.

VENT. Pues ha llegado el momento de dar un cuarterón.

PED. Señora; pero una cosa es darla yo, así, espontáneamente y de buena voluntad, y otra que su marido me la quite, así, sin más ni más, con una lanceta.

VENT. Pues no hay otro remedio, porque si se niega usted y averigua la verdad, pierde usted más.

PED. ¿Más que la sangre todavía?

VENT. Mucho más.

PED. ¿Por qué habré venido yo á esta casa? ¡Válgame Dios!

VENT. Usted solo se lo ha buscado.

PED. ¡Vaya una salidita de año que voy á tener!

VENT. Y en cuanto le haga la sangría, hágame usted el favor de marcharse.

PED. ¿Pero, señora, así?

VENT. Así.

PED. Imposible. ¿Qué va á decir mi mujer cuande me vea entrar en casa con un cuarterón de sangre menos, ella, que me ha visto salir de casa con levita, sombrero y sano, y me ve ahora de bata y descubierto?

VENT. Diga lo que quiera. Inventa usted alguna mentira.

PED. Justo: que he cambiado el traje por equivocación, y que me robaron la sangre en el tranvía.

VENT. Usted se las compondrá como pueda. ¡Ah! Y en cuanto suba usted, écheme la bata por el balcón.

PED. Bien, señora; se la echaré.

VENT. Yo también le echaré á usted la levita.

PED. (Muy asustado y marcando bajo.) ¡Señora, no! Que la va á coger el vecino del principal. Yo echaré una cuerdecita.

VENT. Bueno... y ¡ah! que no se le olvide á usted pagar la consulta á mi marido.

PED. ¡También!
VENT. Claro. ¿No ve usted que si no podría chocarle y sospechar?
PED. ¿Y cuánto es?
VENT. Cinco duros.
PED. ¡Señora, por Dios! Eso, entonces, no es una sangría. Son dos.
VENT. Silencio, que ya sale.
PED. Procure usted que sea compasivo.

ESCENA VIII

DICHOS, DON MAURICIO con varias lancetas, vendas, etc.

MAUR. Vaya. (Examinando las lancetas, pero sin aproximarse á Pedro.)
PED. Creo en Dios Padre, Todopoderoso...
MAUR. No tenga usted miedo, que no es nada.
PED. Sí, nada; para él, claro que no es nada. ¡Ay! (Dando un fuerte grito antes de que se le acerque don Mauricio.)
VENT. (Asustada.) ¡Qué!
MAUR. ¿Qué es eso? Si todavía no le he pinchado.
PED. Nada: que ahora recuerdo que no me puede usted sangrar.
MAUR. ¿Por qué?
PED. Porque acabo de comer.
MAUR. Efectivamente, y ha hecho usted bien en decírmelo.
PED. ¡Ay, me salvé en una tabla!
MAUR. Y es necesario emplear otro procedimiento.
PED. (Ya se hundió la tabla.) ¡Otro procedimiento!
MAUR. Sí, señor; otro procedimiento, en virtud del cual consigamos, sin incompatibilidad terapéutica con la digestión, la atemperancia del plasma hematósico.
MAUR. Como si me dijeras macatruqui.
PED. Conque hágame usted el favor... Que ahora mismo... (Se va primera derecha.)

ESCENA IX

DICHOS

PED. (Asustado.) ¿A qué va ahora?
VENT. Por otros instrumentos.
PED. ¡Dios mío, lo menos va á sacar una sierra!... Pero, ¿qué me va á hacer con el nuevo procedimiento?
VENT. ¡Yo qué sé!
PED. Bueno, pero le advierto á usted que yo no me dejo cortar nada.
VENT. Usted se dejará cortar todo lo que le haga falta.
PED. Entonces, señora, que me lo corte todo y haga pedacitos, porque todo me hace falta.
VENT. No haber venido aquí.
PED. ¿Por qué vine, señor, por qué vine?
VENT. (Mirando á la mesa.) ¡Calla! ¡Han desaparecido los langostinos!
PED. Se los habrá llevado el del censo.
VENT. ¿Dónde?
PED. Pues... en la casilla de los langostinos.
VENT. ¡Silencio!

ESCENA X

DICHOS, DON MAURICIO con una caja de píldoras

MAUR. Vaya. Vamos á ver. (Acercándose con la caja abierta á Pedro.)
PED. (Rechazándole.) ¡Qué! ¡Qué me va usted á hacer!
MAUR. Nada.
PED. ¿Y qué es eso?
MAUR. ¡Unas píldoras!
PED. ¡Unas píldoras! Ay, menos mal.
MAUR. Abra usted la boca, tráguela usted al momento. (Abre aquél la boca, éste le tira con fuerza al paladar una píldora.)
PED. ¡Aj! (Como ahogándose.) ¡Qué gorda!...
MAUR. ¿Pasó?
PED. Sí, señor; aunque con trabajo, pasó. Ya me tragué la píldora.
MAUR. Vaya otra.

PED. ¿Otra?
MAUR. Sí, abra usted bien la boca.
PED. Pero, ¿me tengo que tragar toda la caja?
MAUR. No, señor; por ahora esta nada más.
PED. Vaya. Todo sea por Dios. (El mismo juego.) ¡Aj!... ¡Aj! ¡Qué mal sabe!
MAUR. Ca, hombre.
PED. ¿Y qué es esto que he tomado?
MAUR. Un arseniato de mi invención, de un efecto alterante y antiespasmódico sorprendente.
PED. Lo que yo quiero es que me diga usted de un modo más claro lo que tienen las píldoras.
MAUR. Un tóxico.
PED. Dale.
MAUR. Un veneno, hombre. Un veneno.
PED. (Levantándose horrorizado.) ¡Eh!
MAUR. Pero no se asuste usted, por Dios, y no se mueva. (Sentándole y sujetándole en la butaca.)
PED. (Siempre muy asustado y moviendo mucho las piernas.) ¿Por qué?
MAUR. Porque ese solo. .
PED. Pero no me lo diga usted en médico, dígamelo usted en castellano.
MAUR. Porque el medicamento este sólo surte el efecto alterante ó beneficioso si el enfermo guarda quietud y silencio durante diez minutos, y en caso contrario el efecto venenoso.
PED. (Desde aquí hasta que se indique los actores deben marcar que hablan bajo.) De modo que no se puede hablar.
MAUR. Bajo, únicamente, durante diez minutos, y sin moverse.
VENT. ¿Quién entra?
MAUR. Calle, pues me he dejado la puerta abierta.

ESCENA XI

DICHOS, DON TORIBIO con los papeles debajo del brazo y destornillando el tintero

TOR. (En la puerta.) Aquí estoy otra vez.
VENT. ¡Chist!
PED. ¡Chist!

MAUR. (En voz baja.) No se puede hablar. ¿Quién es usted?

TOR. (Idem.) El del Censo. (Se adelanta hacia la butaca de Pedro, asustado, de puntillas y lleno de curiosidad.)

VENT. (A su marido.) Acaba de estar aquí. Vino detrás de ese señor, y él le contestó: para hacer el censo.

TOR. Diga usted, ¿empadrono á ese? (El otro le hace soñas de silencio y de que haga lo que quiera.) ¿Va á dormir aquí?

PED. Pregúnteselo usted á la señora. (Al ver que va á preguntar, le detiene.) Sí; se queda aquí.

TOR. ¿Pero ha venido ahora?

PED. Sí, ahora mismo.

TOR. De fuera, ¿eh?

PED. De fuera, sí. (Llama el timbre.)

MAUR. ¡Demonio! ¿Quién?... (Habla por el teléfono, diciendo de cuando en cuando: sí... sí... ¿qué más? pero en un tono que no interrumpa el diálogo.)

TOR. ¿Es de la familia?

PED. No.

TOR. ¡No!

PED. Es decir, sí. De una familia muy lejana. De Filipinas.

TOR. ¿Y viene ahora de allí?

PED. Ahora mismo.

TOR. Entonces, lo empadrono.

PED. No, hombre; ahora no, que está muy cansado del viaje.

TOR. De todos modos, si á usted le parece le pondremos *huéspede.*

PED. Yo le pondría otra cosa.

TOR. ¿El qué?

PED. Huésped.

TOR. Es verdad. Como no tengo las gafas...

MAUR. (Dejando el aparato.) Tengo que ir al momento ahí enfrente; le ha dado un ataque al enfermo.

VENT. Pues anda.

PED. Sí, sí, vaya usted. (Mauricio toma el sombrero de Pedro, viendo con asombro que no le entra.)

VENT. ¡Dios mío!

PED. (En el colmo del susto.) Señor mío Jesucristo. Ahora se subleva el veneno. ¡Qué situación!

MAUR. ¡Pero si este no es mi sombrero!

VENT. ¿Cómo, no es?

MAUR. No.
VENT. Pues es el que has traído. Lo habrás cambiado en alguna parte.
MAUR. ¿Pero cómo no lo he notado antes?
TOR. (Aparte á Pedro.) Le habrá crecido la cabeza con el cambio de clima. (Se oye otra vez el timbre.)
VENT. ¡Que se va á morir!
MAUR. Sí, iré así. (Sale corriendo.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS

PED. Se fastidia el veneno.
TOR. ¿Conque lo empadrono?
VENT. ¿A quién?
TOR. Al *huépede.*
VENT. ¿A qué *huéspede?*
TOR. Al filipino, al del sombrero pequeño y la cabeza grande.
PED. Sí, hombre, empadrónelo usted. Es varón, huésped; filipino. Soltero. Tiene cincuenta años. Sí, sí; y no observa nada.
TOR. (Sentándose y preparándose á escribir.) Pero, ¿cómo se llama?
VENT. Se llama...
PED. Juan García y García...
TOR. (Escribiendo.) ¡Hombre, qué casualidad! Hay dos vecinos del mismo nombre en la casa.
PED. ¿Quiénes son?
TOR. Pues éste y el vecino del tercero.
PED. (Hablando ya alto.) ¡Eh!
TOR. Sí, señor, el del tercero.
PED. ¿El de ese?
TOR. El de ese.
PED. El de ese no se llama Juan García.
TOR. Juan García y García.
PED. Dígamelo usted á mí.
TOR. Dígamelo usted, que lo acabo de empadronar.
PED. ¡¡Usted!!
TOR. Ahora mismo los he dejado á él y á su señora.
PED. ¡A su señora!

TOR. A una señora rubia y un caballero con toda la barba, y que se conoce que están recién casados.

PED. (Levantándose apresurado, echando á correr y tirando el tintero que tiene en la mano Toribio.) ¡Caracoles!

VENT. Que tire usted la bata.

TOR. Pues no me ha tirado el cuerno... Pero, ¿qué le ha dado, señora?

VENT. Está loco y le ha dado la manía.

TOR. ¡Demonio!... Concluiré el padrón en casa.

VENT. Es lo mejor que puede usted hacer.

TOR. (Recogiendo los papeles, se dirige al público.)

El autor, desde dentro,
según escucho,
me dice que les mire
y observe mucho.
No le maten ustedes
las ilusiones.
¿Qué pongo en la casilla
de observaciones?

FIN DEL JUGUETE

3 0112 117485604

Precio: UNA peseta